

La Mariscal, un barrio en donde todos deciden menos sus habitantes

Diego Hurtado Vásquez FAU-UCE 2022

Como se verá a continuación en el relato de este caso, este barrio es un excelente ejemplo de cómo, si se permite a los vecinos tomar decisiones (en este caso lo pudieron hacer temporalmente con respecto a los permisos de uso de suelo), los problemas se van resolviendo paulatinamente y mejora las condiciones para todos. También es un ejemplo de cómo una buena práctica puede ser desbaratada por parte de las “autoridades”, o porque no se tienen claras las metas de ciudad y territorio y las especificidades de la problemática que la comunidad está abordando, o simplemente porque responde a presiones ajenas al barrio y a sus habitantes.

El barrio La Mariscal está ubicado en la zona centro de Quito, es parte del gran hipercentro de la ciudad, y uno de los sitios de mayor atracción de viajes, por lo que se lo puede considerar como una de las grandes centralidades de la ciudad. Tiene una superficie de 183.3 hectáreas constituida por 150 manzanas y dos parques.

Este barrio tiene todos los servicios y muchos equipamientos de todo tipo. Además, reúne la mayor cantidad de oferta turística y se ha convertido en uno de los atractivos de la ciudad. Sin embargo, hay usos que bordean entre zona rosa y zona roja, lo cual ha repercutido en la seguridad de ciertas zonas y en la habitabilidad y tranquilidad ciudadana (el ruido es uno de los factores que inciden en esto).

La Mariscal es uno de los barrios que mayor residencialidad ha perdido en los últimos años. Los censos del año 1990, 2001 y 2010, presentan datos alarmantes de que el barrio se está vaciando (en 1990, en el barrio vivían alrededor de 18.000 personas; en el 2001, alrededor de 15.000; y en el 2010, alrededor de 12000 habitantes).

Sus moradores tradicionales, así como los nuevos, quieren recuperar el uso residencial del barrio, integrando los nuevos usos, pero evitando que se desborden demasiado (no a la zona roja, por ejemplo) y que luego provocan más problemas de los que ya existen.

Según datos históricos, el barrio tiene sus inicios en la segunda década del siglo veinte, como una zona residencial que permitía la expansión de la ciudad tradicional

hacia la zona norte. Fue un producto de la parcelación de tierras agrícolas colindantes con la urbe en esas épocas y que facilitó su consolidación gracias a que la ciudad ya contaba con el servicio del tranvía y llegaba hasta el límite norte del barrio. Se la crea y oferta como una zona residencial, bajo los conceptos de ciudad jardín, acorde a los pensamientos de la modernidad en esa época.

En efecto, el domingo 7 de mayo de 1922, en la mitad de la primera página del Diario El Comercio se publicó la venta de lotes en la que daban ocho razones para comprar en la Ciudadela Mariscal Sucre: por su confort, por su accesibilidad, por sus facilidades, por su higiene, por su porvenir, “pues no hay un solo metro cuadrado de la Ciudadela Jardín que valdrá mañana diez cuando hoy los adquiere por uno, debido a su excepcional ubicación en el sitio de mayor realce en el crecimiento de Quito. Por su elegancia dado que no habiendo hoy ni una sola construcción en pie, toda el área de Garden City siempre será solicitada y deseada.” (Mancheno, 2013, pág. 9).

Según el estudio realizado por Consuelo Mancheno (2013), el barrio siguió siendo residencial con algunos comercios locales y sectoriales hasta el año de 1975, época que coincide con el primer boom petrolero del país, en el que empieza su transformación, con una fuerte tendencia al uso comercial y bancario, convirtiéndose en pocos años en la nueva centralidad al norte de la ciudad.

En los primeros años, existe un equilibrio entre el uso residencial y los nuevos usos como lo confirman varios testimonios de residentes entrevistados por Consuelo Mancheno. “En aquellos años recuerdo a la Mariscal como un lugar tranquilo, no había delincuencia, transitábamos sin problemas, sin temor a ser asaltados, no había mendigos por las calles (...) menos aún prostitución. Uno caminaba a su casa con toda confianza y tranquilidad” (2013, págs. 56, 57). Se consigue que convivan estos nuevos usos de incidencia urbana ubicados principalmente en las principales avenidas del barrio (Patria, Amazonas, 6 de Diciembre, Colón) y un buen uso residencial.

Es más, a esta época se la considera como la época dorada del barrio, en especial porque en el sitio se desarrollaba una gran actividad cultural; en este se ubicaban las mejores librerías, galerías de arte, teatros, cines, peñas musicales, restaurantes y cafeterías para todo gusto; las amplias aceras arborizadas de la Av. Amazonas y algunas de sus calles, llenas de locales comerciales y culturales permitían pasear tranquilamente por muchos de sus rincones. Era el sitio de encuentro de intelectuales, artistas, artesanos

y bohemios y un buen número vivían ahí. Además, su ubicación cercana a las universidades de la ciudad, la Universidad Central al occidente y la Universidad Católica y la Escuela Politécnica Nacional al oriente, le daba unas características muy especiales para una buena mezcla de uso residencial, cultural, comercial, bohemio, turístico y cosmopolita.

Esto lo describe detalladamente en muchos pasajes, Francisco Febres Cordero en su libro “La Mariscal. La inocencia perdida” (1988).

Javier Vásconez, con su poblada barba y sus pelos largos, que daban cuenta de su extensa permanencia en París, y un puñado de cuentos que demostraban su indeclinable vocación literaria, en su Librería del Cronopio contagiaba a los visitantes su pasión por las obras de Juan Rulfo, Faulkner, Pavese o Raymond Chandler, mientras sentía que ese barrio, de vocación cosmopolita debía ser suyo.

Solo años más tarde pudo cumplir su sueño de comprar su casa en la calle Reina Victoria y entronizarse allí como rey de ese intrincado laberinto de pasiones, sueños y quimeras. Dice: “A pesar de los inconvenientes que a veces tiene la Mariscal, puedo afirmar, sin lugar a dudas, que es el barrio más tolerante, abierto; el más interesante de la ciudad. Aquí uno tiene a mano artesanías, una librería, videos, la tienda de la esquina. Y un mapamundi. Es el barrio más humano.” (Febres Cordero, 1988, págs. 46, 47).

Indiscutiblemente, el barrio había logrado un gran valor de uso para un buen segmento de la sociedad quiteña y era muy apetecido para vivir en él. Un barrio que tiene un rol similar en la actualidad es el de La Floresta, colindante en su lado oriental y el cual ha sido analizado anteriormente, por lo cual, muchos de sus moradores temen que le pase algo similar a La Mariscal, por lo que hablan de que no quieren la “mariscalización” de La Floresta. Esto que lo hacía tan atractivo al barrio, motivó la llegada de turistas, y muchos negocios se implantaron relacionados con esta actividad. Sin embargo, no se sabe exactamente cuándo, pero La Mariscal comenzó a morir de éxito.

Poco a poco, el uso residencial va decayendo para dar paso a otros usos, incluyendo algunos no muy compatibles con la vida de barrio. “Mas, a partir de los años ochenta, transcurrió una larga etapa de depresión urbana, funcionamiento de discotecas y otros negocios no autorizados que aun cuando se focalizaron en pocas calles y lugares, generalizaron la mala fama de “La Mariscal”.” (Mancheno, 2013, pág. 50), o como señala claramente Víctor Albornoz, uno de los entrevistados por Mancheno “Ya en la década

del 80, La Mariscal va poco a poco transformándose, comienzan a instalarse prostíbulos, burdeles (...) (2013, pág. 69), localizándose además en forma camuflada lugares para la venta de drogas, aumentando la delincuencia y la inseguridad. Esto hace que muchas familias comiencen a abandonar sus residencias, las venden o arriendan y al barrio se lo va identificando como zona roja.

También la imagen urbana de casas con jardines va transformándose para dar paso a locales comerciales “La imagen urbana se deterioró a partir de que se autorizó usar los retiros que eran jardines, para hacer locales comerciales (...)” (Mancheno, 2013, pág. 144), los cuales, además fueron construidos sin mayor estética, muchos se hacían de forma improvisada con un permiso de ‘varios trabajos’ que permite ampliaciones sin mayor regulación de hasta 40 m².

Cuando Marcela García llegó desde Riobamba a Quito, con sus ocho años de edad, se sorprendió de los jardines tan bien cuidados de La Mariscal. Sin embargo, en la época petrolera, las palmeras, rosales e higueras fueron reemplazados por los edificios que comenzaron a levantarse en la Amazonas y que, como por arte del negro y aceitoso abono, comenzaron a proliferar y a crecer. Son pocas las casas que conservan un entorno digno, la mayoría están invadidas por pequeños negocios, a veces malolientes y sucios, que copan garajes y veredas. “Se ha perdido la estética que caracterizó este barrio”, se lamenta Marcela (...) (Febres Cordero, 1988, pág. 52).

Debido a esta problemática, a finales de los años noventa, la municipalidad, quien había otorgado muchos de los permisos de funcionamiento de usos cuestionados (los cuales se aprobaban generalmente indicando usos relacionados a lugares de diversión y esparcimiento con consumo de bebidas alcohólicas, tipo bares y discotecas, o supuestos hoteles que en realidad eran prostíbulos), convocó a vecinos de la zona para solucionar en forma conjunta la problemática.

A partir de esto se crea una primera organización barrial y un proceso de participación ciudadana que continúa en la actualidad. “De esta manera moradores, empresarios y toda persona que esté vinculada a este barrio han unido sus esfuerzos para luchar por la recuperación de este sector. Se han establecido comités, asociaciones o simplemente la colaboración voluntaria de la gente.” (Mancheno, 2013, pág. 90).

Una de las primeras lideresas comunitarias del barrio fue Manuela Gallegos, quien para esas fechas tenía un hotel en el lugar, y tenía un gran arraigo con el mismo, ya que

había compartido algunas vivencias en este sitio durante algunas etapas de su vida. Para esa época, el turismo comenzaba a conformarse como una de las actividades principales del barrio. “El trabajo que yo empecé a hacer fue el de organizar a los vecinos, porque esa sensación de que cuando uno está solo, está abandonado y es mucho más vulnerable que al estar unido” (Mancheno, 2013, pág. 162).

Una de las primeras acciones de la organización barrial fue dividir el barrio en diez sectores, en la cual cada uno de los sectores tendría un representante al consejo barrial. De esa manera se facilitaba la participación ciudadana. Para esta acción Manuela Gallegos cuenta que: “(...) me pasé tres, cuatro meses de puerta en puerta, tratando de involucrar a la gente (...)” y encontró que las que mayor motivación tuvieron fueron las mujeres, “De las personas que encontré el 99% eran mujeres, y no precisamente amas de casa que podían tener aparentemente más tiempo, sino profesionales, empresarias, intelectuales (...)” y así “(...) a la más comprometida de cada sector le encargaba reunir a los vecinos, entonces yo le hablaba de lo que se trataba y así fuimos conformando.” (Mancheno, 2013, pág. 163), siendo un primer gran logro que la municipalidad cree la Gerencia de La Mariscal.

Al principio hubo una gran apertura, en especial del arquitecto Eduardo Báez, quien estaba al frente del proyecto de rehabilitación del barrio, por parte de la institución municipal. La Gerencia de La Mariscal estaba conformada por los representantes barriales, e inclusive tomaban decisiones, como el permiso para la apertura de locales. “Nosotros llegamos a dar inclusive el visto bueno para la apertura de locales, eso ya no hay actualmente.” (Mancheno, 2013, pág. 163)

Según Manuela, esto duró hasta que terminó la administración municipal de ese entonces. En la siguiente alcaldía se formaron los cabildos como sistema de participación “(...) pero eso más bien destruyó la unidad que había, teníamos anteriormente un vínculo estrecho con la Gerencia, nosotros éramos veedores y vigilantes de este barrio, comunicábamos todo lo que estaba pasando en las calles y casas de la vecindad.”. Y esta pérdida se dio, según Manuela, porque “Los cabildos fueron conformados desde arriba, desde el Municipio” no como lo habían hecho ellos, buscando de puerta en puerta, de casa en casa motivando a los vecinos a unirse y

participar, conformando el comité con los más entusiastas de cada sector. (Mancheno, 2013, págs. 163, 164).

Lo que siento es que se perdió esa participación real de la Comunidad y lo pruebo todos los días en el trabajo que realizo, yo no creo que la convocatoria debe hacerse desde arriba como autoridad, escogiendo a quienes deben participar e imponiendo desde ese espacio, debe ser todo lo contrario, desde abajo, arrimando el hombro y siendo actor desde el espacio que uno vive, produce, trabaja, etc. (Mancheno, 2013, pág. 164).

Y este comentario de Manuela Gallegos en la entrevista realizada por Consuelo Mancheno es trascendente, esto lo dijo mientras ella ejercía las funciones en el ministerio, ya que ella fue (en el año 2007) durante un corto período de tiempo, nombrada ministra de Participación Ciudadana en el naciente gobierno de Rafael Correa, pero al cual renunció al poco tiempo porque veía que las acciones venían desde arriba en forma autoritaria y no se daba paso a una verdadera participación ciudadana. Otro pensamiento trascendente de Manuela en esa entrevista es el siguiente:

Una comunidad que esté organizada, consciente de su propio valor individual, de su responsabilidad con la comunidad, de conocer sus derechos y sus deberes; de esta manera contribuir con el país; si no se logra esto el país no tendrá futuro; revolucionar el compromiso individual del ciudadano para que se integre en su responsabilidad comunitaria y de país, esto debe empezar desde el barrio en donde se vive. (Mancheno, 2013, pág. 164).

Esta forma de pensar sobre una participación ciudadana que permita tomar decisiones desde abajo hacia arriba, según lo expresa Manuela en la misma entrevista, se dio a partir de la experiencia que tuvo en el barrio de La Mariscal. Desgraciadamente, pese a todos los esfuerzos e intentos de una participación efectiva, las presiones desde varios grupos externos al barrio con influencia en personeros y autoridades municipales hicieron que, a finales de la segunda década de este siglo, Manuela venda su hotel y abandone el barrio, explicando lo que motivó su salida en una emotiva carta.

En todo caso esa siembra inicial del gusanito de participación ciudadana sigue vigente en muchas acciones que se han seguido dando, pese a que cada vez, la mayoría de gente del barrio piensan que están luchando contra corriente, y muchos se han ido también. De los representantes iniciales de los de los diez sectores barriales, todavía

siguen muchos muy activos, en diferentes espacios de participación a los que acuden espontáneamente cuando los convocan.

La participación ha incluido empresarios o emprendedores que tienen sus negocios en el barrio, entre los que se destacan: Juan Baquerizo, Manuela Gallegos, Mónica Heller, Mireya Beltrán, Gustavo Terán; además de los representantes de los moradores, de los diferentes sectores del barrio.

Por los residentes destacamos la presencia de líderes barriales como los señores: Gladys Paz, Juan Carlos Cobo, Martha Troya, Consuelo Mancheno, Carlos Andrade Marín, Selma Merino, Manuela Gallegos, Fernando Garcés, Beatriz Toral, Miryan Toledo, Lourdes Salazar, María Jarrín de Jaramillo, Ligia Jarrín y la actuación de numerosos residentes en consecución de un mismo fin: el desarrollo y mejoramiento de La Mariscal. (Mancheno, 2013, pág. 91).

En el año 2004, por iniciativa de la organización barrial, se realizó una veeduría ciudadana para detectar actos de corrupción con la finalidad de evidenciar a quienes no cumplían correctamente sus funciones, tanto de la municipalidad, como de otras instituciones como la policía. En palabras de Consuelo Yáñez Cossío, coordinadora de la veeduría:

Siempre es posible hacer algo para mejorar las cosas o buscar solución a los problemas. Por eso, la gente de un barrio, ubicado en una ciudad que crecía cada vez más, se organizó, pues era necesario luchar para poner en evidencia la falta de acción de autoridades, que estas dejen de incurrir en corrupción o negligencia y cumplan con los ofrecimientos hechos a la ciudadanía. (Mancheno, 2013, pág. 91)

En el año 2006, el barrio va a tener una de las experiencias más interesantes de su proceso de participación, ya que la municipalidad decide entregar la administración de la Gerencia de La Mariscal a sus moradores y empresarios, es decir a los directamente involucrados en la problemática del barrio. Para estas actividades es nombrado Juan Baquerizo como administrador y gerente.

Los resultados iniciales de estas actividades fueron muy prometedores y genera muchas esperanzas y expectativa tal como lo expresa Mónica Heller, una de las empresarias entrevistada por Consuelo Mancheno. “Lo que vamos a ver en La Mariscal los próximos diez años, va a ser una cosa extraordinaria, fundamentalmente debido a

que la participación ciudadana que tiene la zona es incomparable. Aquí todo el mundo participa, tiene opinión y todo el mundo quiere parte de la acción y eso es una fórmula garantizada de éxito.” (2013, pág. 86).

En esta etapa se delimita la zona rosa, justamente para evitar que se desborde este sector a otros sitios del barrio, y especialmente para mantener un equilibrio entre el uso residencial, el turístico y las actividades bohemias controladas. Así como controlar el crecimiento de la zona roja, buscando una solución a esta problemática, así como a la inseguridad del barrio.

También en esta etapa se da una de las mejores experiencias de gestión cultural en el barrio. La municipalidad había terminado de rehabilitar una intersección entre las calles Foch y Reina Victoria, creando una plaza a la que denominaron Plaza del Quinde (aunque popularmente es conocida como Plaza Foch) en un lugar que anteriormente era un sitio de prostitución. Alrededor de este sitio, se crean restaurantes y los dueños de los locales alrededor de la plaza, colocan mesas en las afueras, al modelo de cafés terrazas, activando el sector, generando además actividades culturales, para lo cual aportan inclusive con recursos propios.

En la historia de La Mariscal es importante resaltar lo que sucedió con la Plaza Foch, cuando el FONSAL, intervino en su readecuación, pensamos que a más de lo estético era importante reactivar el espíritu de la gente y todos los jueves, armamos un escenario y presentamos en la plaza un grupo musical. Los restaurantes que estaban alrededor de esta se comprometieron a poner mesas y esta iniciativa tuvo muy buena acogida por la gente. Fue el inicio para que esta parte de La Mariscal se transformara y se interesaran por invertir y desencadene con este proceso de inversiones de calidad e importancia. (Mancheno, 2013, pág. 145).

Es así como este sitio se transforma en un sitio de encuentro de gran parte de la ciudadanía de Quito, especialmente de la gente del barrio y de los barrios aledaños y además manteniendo un alto uso residencial. Se transforma en un proyecto en el cual todos ganan, ya que se mejora la seguridad barrial, se activa más la zona comercial y mejoran las ventas y los negocios en el barrio, se atrae a mayor cantidad de turistas, justamente por las condiciones de seguridad y ambiente bohemio y cosmopolita que presenta el sitio y se consigue una convivencia con el uso residencial. El control de los usos igualmente lo realizan los ciudadanos y con eso se vuelve muy eficiente y sin

representar una carga para la municipalidad. Se evita de esa manera por un tiempo que las actividades incompatibles con la vida de barrio vuelvan al lugar. Aparentemente las cosas comienzan a ir bien. Existía una muestra comprobada de que la administración del barrio conseguía la rehabilitación de este.

Conversando con Juan Baquerizo, ellos buscaban crear un ambiente cosmopolita como el que tenía el barrio a finales del año 70 y principios de los años 80, lo cual sería la vocación. Un lugar en donde convivan un barrio residencial, comercial, administrativo, turístico, cultural, bohemio, es decir una buena mezcla de usos y actividades, pero con límites claros para que no vaya más allá, evitando los usos incompatibles como había sucedido anteriormente y continúan en la actualidad, y que perjudican la habitabilidad y la tranquilidad de la población.

El plan del barrio creado en forma participativa durante su administración que duró un poco más de un año era muy simple y tenía cuatro partes, la misión, la visión, la estrategia y la táctica.

En forma resumida, la misión buscaba elevar la calidad de vida, mediante la participación efectiva del barrio, “y la reingeniería del funcionario municipal, bajo los controles de calidad y medición de la veeduría ciudadana y los órganos de control.” (Mancheno, 2013, pág. 82).

La visión era entregar en doce meses un barrio con una fuerte identidad, y “(...) que lo convierta en un valioso producto turístico y cultural que genere un sentimiento claro de pertenencia y estima del mariscaleño, que atraiga la inversión responsable” (Mancheno, 2013, pág. 82).

Como estrategia se resalta la participación creativa de sus ciudadanos en la cual convivan las diferentes subculturas, principalmente la de los residentes y la de los artesanos -comerciantes - emprendedores que faciliten el desarrollo de un barrio cosmopolita y turístico. Promueven además el uso de las Tics para facilitar la organización barrial e ir más allá de las regulaciones y la burocracia si estas no facilitan la consecución de las metas y la misión, por lo que piden flexibilidad y tolerancia; y una de las estrategias más innovadoras es la de aplicar:

(...) el concepto de ciudad educativa donde no es solamente la escuela el elemento de educación, sino es la idea del conjunto de una sociedad local, a través de una serie de

interacciones, incluyendo actividades culturales, relaciones con los medios de comunicación, elementos de animación ciudadana. Es el conjunto del sistema de relaciones sociales locales el que produce un sistema de información interactiva, que desarrolla la capacidad educativa en un sentido amplio y no simplemente de adquisición de conocimientos. (Mancheno, 2013, pág. 83).

En la parte de táctica mencionan que se debe dar seguimiento al plan operativo realizado por la comunidad el cual “recoge las necesidades y expectativas más primarias de sus residentes, inversionistas y visitantes” (Mancheno, 2013, pág. 83). Proponen igualmente la adecuación y mejora de aceras, arborización, iluminación, soterramiento de cables. Mejorar la seguridad, con el control de la compatibilidad en el uso de suelo. Alianzas estratégicas con empresas de la zona, organizaciones no gubernamentales y universidades. Integrar el barrio a las universidades cercanas acercando la vida y residencia estudiantil al barrio. Y que el barrio sea un laboratorio de innovación y participación que comunique sus logros al resto de la ciudad.

Sin embargo, esta gestión desde la gente del barrio queda truncada cuando la municipalidad decide retomar el “control” del barrio, bajo el supuesto -según palabras de Juan Baquerizo- de que la administración del barrio no puede estar en manos de gente de la zona ya que se convierten en “juez y parte”; y de esa manera vuelven a nombrar administradores externos, funcionarios municipales, bajo la condición de para que continúe el “proceso participativo” deberán “consultar” a sus moradores y empresarios, pero serán ellos los que llevarán el “control”, la planificación, la gestión y los permisos de usos y edificabilidad del barrio, según las normas vigentes y los planes urbanos y territoriales realizados para el efecto.

Esto significa un gran retroceso en la organización barrial y vuelven poco a poco los problemas que en gran parte se habían logrado mitigar. Vuelven a darse permisos para actividades incompatibles bajo el disfraz de usos permitidos, que, según muchos de los moradores e incluso funcionarios municipales de la agencia de control, se los otorgaron bajo presiones de concejales y autoridades que tenían relaciones con esos negocios.

Poco a poco el barrio vuelve a entrar en decadencia, proliferan los bares, en donde se expenden bebidas alcohólicas sin mayor control (y otras drogas ilegales), crecen sin mayor control algunas actividades no compatibles con la vida residencial, aumenta la

inseguridad, la zona rosa se vuelve un lugar con mucho ruido, caótico e inseguro, que hace que la calidad de la oferta turística decaiga inevitablemente, perdiendo un gran valor de uso que había sido construido inicialmente por la gente del lugar.

En el año 2016, ante la coyuntura del Hábitat III que se realizó en octubre en la ciudad de Quito, el barrio decide organizarse y aprovecha la oportunidad para postular ante la organización internacional del evento, en el marco del *Hábitat Village*, su *village project*, que incluía la generación de muchas actividades previas a la fecha del evento, con lo cual, este lugar se convierte en uno de los sitios más visitados por los delegados nacionales e internacionales a este evento.

Se crea el proyecto denominado Operación Urbana Sostenible La Mariscal (OPUS - La Mariscal), en el cual además de muchos emprendedores y moradores del barrio, participan varios urbanistas y activistas urbanos que quieren mostrar al mundo que sí es posible cambiar las cosas si se permite a los moradores, usuarios y pequeños emprendedores del barrio, hacerse responsables de sus espacios y dirigir las acciones.

En la explicación sobre el proyecto se menciona que se trata de “un proyecto experimental de gobernanza promovido por la comunidad para la intervención de espacios urbanos consolidados” y se lo considera innovador por cuanto lo que se verá será:

Una comunidad organizada producto de la necesidad de elevar su nivel de vida, aplica un método de autorregulación sobre su propio proceso sostenible, generando transparencia en la búsqueda del equilibrio entre desarrollo social, económico y ambiental.

Se materializa un modelo de Operación Urbana Sostenible para gestionar la innovación urbana de forma eficiente. Una suerte de autogobierno en su propio territorio, que se representa en un laboratorio urbano en donde se regulan de manera dinámica la relación entre tecnologías, reglas y valores (cambio), para la consecución de políticas exitosas, medibles, comprobables y replicables. (Comunidad organizada de La Mariscal, 2016)

Plantean que los vecinos organizados (los moradores y comerciantes unidos), son los que deberían volver a tomar las riendas del barrio como ya sucedió por corto tiempo en dos ocasiones anteriores, para evitar que intereses ajenos provoquen estos desequilibrios que está complicando la vida, la seguridad, la economía, el ambiente del lugar.



*Ilustración 1: oficina de la comunidad, Juan Baquerizo dando una charla explicativa sobre el proyecto del barrio.
Archivo propio*

En este proceso también participan estudiantes y docentes de la FAU-UCE, con la cual realizan muchas actividades conjuntas. Con los estudiantes, docentes, moradores, empresarios, urbanistas, activistas (de varias tendencias ideológicas lo que demuestra – según lo explica Juan Baquerizo- que cuando existen causas comunes que nos motivan a actuar, todos podemos unirnos), se realizan varias actividades en el barrio, como la creación de un huerto urbano, la creación de mobiliario realizado con pallets y reutilización de desechos, pacificación de calles, actividades culturales, pintura mural, exposiciones al aire libre, arborización de calles, creación de un centro de acopio de residuos urbanos, se ocupa una casa abandonada y semidestruida, se la refacciona mediante mingas y se da inicio a la Casa de la Comunidad, la casa del barrio.

Este proyecto había sido presentado y aprobado por la organización internacional del Hábitat III y tenía carta blanca para las actividades propuestas, las cuales fueron realizadas y registradas durante varios días previos y durante el evento y constaba por lo tanto en la agenda oficial del evento como *Village Project*. Estas actividades se programaron y fueron realizándose con muchos meses de anticipación, con recursos de empresarios de la zona y una gran minga ciudadana, incluyendo a los estudiantes y docentes de la FAU-UCE.

Sin embargo, durante todo este tiempo la Gerencia de La Mariscal estuvo presionando a la organización del proyecto para que cualquier actividad que pretendan

realizar debía ser autorizada y permitida por ellos para supuestamente “precautelar el orden”. Así de esta manera, siempre estuvo poniendo trabas a muchas de las actividades que se realizaban, pese a que con anterioridad ya habían sido aceptados por la organización del evento de Hábitat III.



Ilustración 2: invitados de otros barrios, (Marco Rubio de la Loma Grande), llegaron a dar sus charlas y dieron a conocer lo que ellos estaban realizando en sus barrios. Archivo propio



Ilustración 3: visitantes internacionales al huerto comunitario. Archivo propio

Una de ellas en las que estuve directamente involucrado ya que estuve a cargo de la coordinación de la participación de los estudiantes y docentes de la FAU-UCE, fue cuando bajo la tutela de Daniela Cadena docente de la FAU, los estudiantes habían construido mobiliario y juegos infantiles con pallets. Estos habían sido colocados en la Plaza el Quinde (Plaza Foch).



Ilustración 4: diferentes imágenes desde el proceso de construcción del mobiliario y diferentes usos que les fueron dando. Desde el escritorio de la radio parlante, mesas para comer, hasta juegos de los niños y sitios de descanso. Archivo propio

Al poco tiempo de instalado el mobiliario, los visitantes, moradores y trabajadores de la zona y de la plaza los usaban, los niños jugaban en ellos, y se había activado aún más el lugar. El ambiente además era festivo. Esto era una pequeña muestra de la activación de un espacio público, utilizando mobiliario fabricado con materiales reutilizados para que cuando inicie el evento oficial, los visitantes puedan disfrutarlo (ver Ilustración 4 e Ilustración 5).

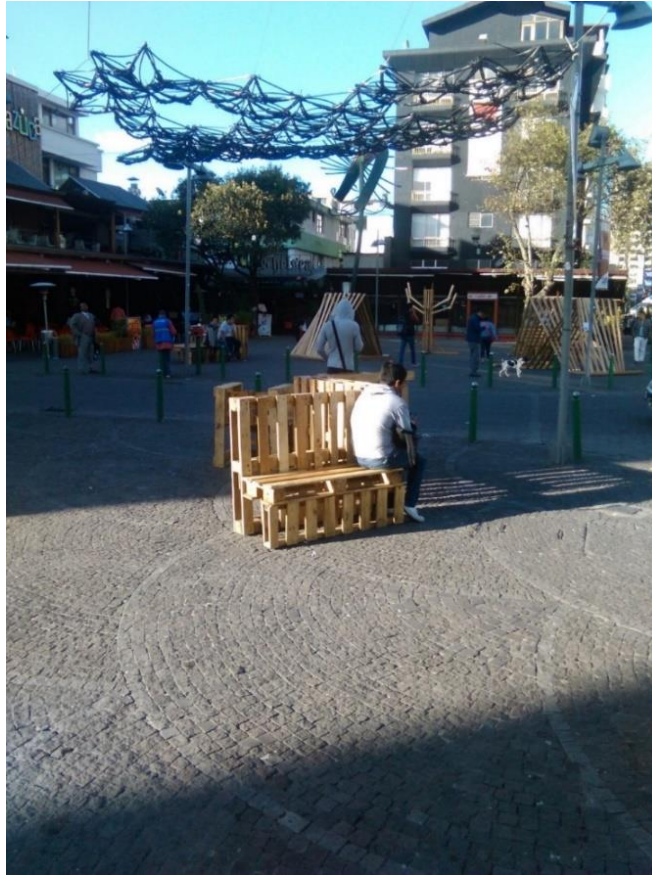


Ilustración 5: los juegos y el mobiliario ubicados en la plaza que fueron recogidos violentamente por trabajadores municipales y arrojados a camiones como si fueran basura. Archivo propio.



Ilustración 6: nota periodística resaltando cómo el espacio de la plaza Foch lucía mejor que de costumbre y los muebles con materiales reciclados eran de mucha utilidad. Archivo propio.

Sin embargo, a los pocos días de esta acción, llega una notificación a la FAU, en donde se indicaba que como no se había solicitado permiso para colocar este mobiliario en ese sitio, este iba a ser removido y además se debía pagar una multa de unos cuantos cientos de dólares. Se logró evitar la multa señalando que este mobiliario había sido donado por parte de la FAU al barrio y que ahora era el barrio el dueño de estos. Sin embargo, el municipio a los pocos días fue con camiones y trabajadores del municipio a romperlos y quitarlos como si se tratara de basura. Por lo tanto, no lo pudieron apreciar ni utilizar los asistentes al evento del Hábitat III.

Otra anécdota similar, fue cuando se organizó durante la semana de la movilidad y el día sin auto (septiembre 22), unas actividades para pacificar el tráfico en la zona, las cuales habían sido planificadas con anterioridad con los vecinos y comerciantes de las calles en donde estas se iban a realizar, por lo cual estuvo muy bien organizada, inclusive con el apoyo de la policía nacional que tenía una unidad de policía comunitaria en el sitio. El día que se efectuó esta actividad, a las pocas horas llegó una notificación del gerente de La Mariscal con una multa.

Esto demuestra la poca flexibilidad que tienen algunas instituciones y su burocracia, al no permitir que la gente del barrio realice actividades sin necesidad de pedir permisos para todo, inclusive cuando lo que se hace es de un claro beneficio para todos.

Más bien de quien se tuvo un gran apoyo durante esos días y fue un aliado del barrio fue de la Policía Nacional, quien ayudó a que muchas de las actividades fluyan con la participación de la ciudadanía organizada, logrando mejorar significativamente la seguridad en el sitio, de una forma lúdica y pacífica. En un vídeo que circuló en las redes sociales, de cuando el municipio desalojaba los muebles y juegos de pallets, un policía nacional, les reclamaba a los municipales que no lo hagan, que no es necesario hacerlo y que no entendía porque lo hacían si era algo muy positivo para todos.

Las “autoridades” de La Mariscal y la municipalidad nunca entendieron que se trataba de una experiencia de autogobierno lo que se pretendía mostrar ante el mundo aprovechando la coyuntura del Hábitat III y para ello había presentado una lista de acciones que ya habían sido aprobadas previamente y con ello no estar dependiendo de la lenta burocracia municipal que corta toda iniciativa espontánea.

Incluso los medios de comunicación habían recogido este objetivo de gobernanza como el más destacado de todos. Una nota periodística señalaba que:

En La Mariscal, los miembros de Operación Urbana Sostenible trabajan en la preparación de los avances realizados de su proyecto Hábitat Village, que será presentado en el evento Hábitat III, a realizarse en octubre.

Esta organización fue una de las escogidas por la Organización de las Naciones Unidas para desarrollar un proyecto sobre convivencia y autogobierno en La Mariscal.

Según sus integrantes, el objetivo de Operación Urbana Sustentable La Mariscal (OPUS) es trabajar en conjunto con la comunidad del sector para desarrollar mecanismos de autogobierno que mejoren la calidad de vida de los moradores de la zona. (El Comercio, 2016).

En todo caso, lo que se logró presentar al mundo fue el huerto urbano, la siembra de más de 100 árboles aprovechando los alcorques vacíos que existían en las aceras (para no tener que pedir permiso) una casa abandonada y recuperada y gestionada por la comunidad para que en ella funcione la unidad de policía comunitaria, otra casa recuperada para que allí funcione la casa de la comunidad barrial (en la toma de estas casas abandonadas ayudó mucho la alianza con la Empresa Pública de Vivienda, que presentó junto a la comunidad del barrio la candidatura del proyecto).

Además, se presentó ante el mundo un grupo humano organizado y motivado por trabajar por el barrio, un plan de acción y de gestión desde la comunidad para su autogobierno, y especialmente se pudo mostrar al mundo que se puede llegar al absurdo de cortar iniciativas ciudadanas cuando se pretende tener un control rígido desde la institución municipal. No se pudo presentar el mobiliario urbano, ni la pacificación en todas las calles que se pretendía, sino tan solo en la que fue autorizada por la Gerencia de La Mariscal.

Luego de este proceso, la organización barrial ha seguido activa eligiendo a sus delegados por un sistema de elecciones internas y ha vuelto a retomar sus actividades comunitarias y de participación. Se han realizado algunos talleres y propuestas para mejorar la seguridad del barrio y volver a repoblarlo, pero quedando tan solo en planes e ideas que no han sido tomados en cuenta por las autoridades. Juan Baquerizo (quien además es un prestigioso chef) también abandonó el barrio y se trasladó con su restaurante al sector de La Floresta.

Muchos se han ido, sin embargo, los que quedan siguen con mucha fuerza trabajando. Volvieron a retomar y habilitar en base a mingas la Casa de la Comunidad, la casa del barrio, pintaron murales en sus fachadas, mejoraron los techos y hoy funciona en este sitio un centro cultural, artesanal y comercial con cafetería, en donde se reúnen a emprender proyectos y propuestas comunitarias. Hoy la llaman la Casa de los Saberes y están trabajando en nuevas propuestas.

Lamentablemente, aunque la participación ciudadana sigue muy activa y los moradores organizados siguen haciendo actividades y propuestas para lograr mejorar las condiciones de este, esto no se ha logrado e incluso ha empeorado. El confinamiento por la pandemia detuvo un poco este avance de zona roja y algunos locales cerraron y se fueron.

Mientras no se devuelva a la gente del barrio la gestión y el control de la zona, la recuperación y repoblamiento del barrio se ve difícil de concretarse.



Ilustración 7: toma de la Casa de la Comunidad, luego pasó a denominarse la Casa de los Saberes. Archivo propio



Ilustración 8: exposición de arte colectiva en la Casa de la Comunidad. Archivo propio

Bibliografía

- Comunidad organizada de La Mariscal. (2016). Operación Urbana Sostenible La Mariscal. *Ficha candidatura Village Project*. Quito: Hábitat Village.
- El Comercio. (2016, septiembre 22). El proyecto de intervención de la comunidad en La Mariscal presentó sus avances. *El Comercio*.
- Febres Cordero, F. (1988). *La Mariscal. La inocencia perdida*. . Quito: EDIMPRES.
- Mancheno, C. (2013). *Historia y memoria colectiva del barrio La Mariscal de Quito*. Quito: IdeaZ.